



Por
M. Campa

«BARROQUISMO PLAYO»

En la ya casi solitaria terraza de Corrida me encuentro con un viejo amigo de la estepa ocupado en aprenderse de memoria un callejero de la ciudad. Acaba de llegar para unas cortas vacaciones y, según confiesa, no quiere pasarse los días desorientado por la compleja configuración de nuestras calles. Está señalando con un bolígrafo las direcciones permitidas, las zonas inundables y de carga y descarga, los basureros discrecionales, los cruces, las vaguadas, etc. Sobre la marcha debo corregirle algunos errores: por ejemplo, le explico que la «zona azul» alude, tal vez, a la ideología de los habitantes del centro urbano, pero que no tiene, desde luego, nada que ver con aparcamientos temporalmente limitados; igualmente le hago cambiar el horario de carga y descarga de camiones, que, aproximadamente, va de doce de la noche a las veinticuatro horas del día siguiente. Nuestro visitante se ha perdido al pasar del rellenable puerto a la playa contaminada y, enterado de la desorientación en que se encontraron un alemán y hasta un matrimonio de Cuenca, que perdieron el rumbo y la posada por los mismos parajes, decidió, como primer medida, empollarse el plano de la ciudad.

Dejé al meridional enfrascado en sus estudios topográficos largándome para no interrumpirlo. Al cabo de unas horas, y pasando por casualidad por el mismo lugar, me encuentro de nuevo con el estepario, sumido esta vez entre un montón de diccionarios y cursos de sintaxis superior: está leyendo periódicos. La coyuntura política es compleja y, para saber de su dimensión internacional lo que un camello sahariano, toda información es poca, de suerte que no me sorprende mucho ver tanto libro. Fuimos aclarándonos como buenamente pudimos en política nacional y nos atrancamos al descifrar algunos textos referidos a temas locales. Tuve que ir a buscar a mi amigo el Ferpò, especialista en prosa barroca y relajada, para que, mediante una atinada exégesis, iniciara al estepario en cuestiones «playas». La interpretación de textos fue altamente meritoria, aunque discutible; por eso no la vamos a incluir aquí. Nos limitaremos a reproducir algunas de las frases más lapidarias y apocalípticas que nos leyó con voz campanuda, como de Rector de Universidad, el estepario; frases que éste elogió comparándolas, por su altura, a las nuevas edificaciones gijonesas. La primera, de mi dilecto don Bastián de Góngora, reza así:

«Sobre el otoño municipal van a amarillear las hojas de la insuficiencia de los servicios técnicos, pero nada se sabe sobre la caída de la hoja mustia de la precariedad operativa». («Punticosas». «Voluntad». 28-8-74).

De inmediato, tan de inmediato que apareció en el mismo número de «Voluntad», hubo una reacción oficial de Playicio, vía Madrid, ante el pesimismo agorero de Bastián. Veamos:

«La punticosa de Bastián (¡demonio, qué mal suena!) me ha producido trágico repelús, atenzado angustiosamente el corazón, aflojado ruidosamente el «instantín», alterado descompasadamente los pulsos» («Voluntad». 28-8-74).

Cambiando de tercio, y dentro de lo que Bastián suele llamar el «staff», continuamos con un comentario que, con cierto barroquismo, trata de fútbol:

«La agonística balompédica, profundamente introducida ya en el psiquismo colectivo, puede ser origen de evidentes frustraciones comunitarias e incluso de estados emocionales lindantes con la neurosis, a nada que el destino, o la secreta impulsión de las fuerzas del mal que asedia el albedrío de los árbitros, trastrueque los datos objetivos de la competición, para falsear con actos imperativos las evidencias que se manifiestan sobre las verdes canchas. En este delicado contexto la misión de los jóvenes atletas del once local adquiere una trascendencia operativa que sólo el frívolo o el descomprometido pueden negar. La resonancia del latido comunitario sobre la psiquis de los agentes inmediatos en el combate deportivo se convierte, por ello, en sustancial, y no es un epifenómeno...» (El Tillziano. «El Comercio». 7-9-74.).

Ante tan elevado tono épico y oratorio sólo cabe decir con Manolín Fernández: «como dice mi admirado director»... «El Comercio». 27-8-74).

Luego, el Ferpò explicó una parábola de su invención «Voluntad», 28-8-74: «Un escritor es como una madre. Cuando el polluelo de las palabras se atraviesa en la nuez y ni siquiera te concede la gracia de nacer muerto, se sufre. Algo de esto me sucedió ayer». Y la receta de Parrado: «Contra la enfermedad está el remedio. Y, por supuesto, ante la indecisión, la maleta y el tren. Me aclaro, por supuesto que sí. Madrid te espera. Nos vamos». («Voluntad», 28-8-74).

El turista de la estepa mostró interés por los problemas del campo asturiano: «Para determinar el costo de la producción de leche han de tenerse en cuenta el costo de alimentos y cama». (Arango. «Voluntad». 28-8-74). Sencillo cálculo que satisfizo al estepario. Pero lo que verdaderamente dejó emocionado al turista interior fueron estas palabras, de un patriotismo acrisolado, de Marqués: «Esos emigrantes están lejos de España, pero, como es natural, sienten a España y la llevan muy dentro de sí. («El Comercio». 10-8-74).

El turista meridional finalizó con una pesada disertación sobre el «manierismo» de la prosa «playa» —de fría y compleja retórica— en relación con no sé qué Contra-reforma. Según el turista de la estepa, el preciosismo de nuestra prosa local vendría dado por una necesidad y un afán de contar graves sucesos locales sin molestar a nadie, ni siquiera a los caciques más caciques de la ciudad.

—¡Ezta zi que ez una siudá zurrealizta! —exclamó el meridional.

«Y es que en Gijón —con palabras de Liomi, «Hoja del Lunes», 26-8-74— se pasa del blanco al negro, del ser al no ser, del *quieto parao* al sprint velocístico, sin pausas, sin color ámbar por medio».